

LIBRO TERCERO.

DESDE LA DECLARACION DE LA INDEPENDENCIA

HASTA EL TRATADO DE PAZ.

1776 á 1783.

CAPÍTULO PRIMERO.

1776.

SUCESOS DE LA GUERRA DURANTE EL AÑO 1776.

Se notifica al ejército la Declaracion de la independencia.—Cómo se recibió en Nueva-York.—Situacion de los realistas.—Política observada por el Congreso.—Medidas adoptadas.—Se proyecta la defensa de Nueva-York.—Llegada de las fuerzas británicas al mando del general Howe.—Proclama de los comisionados ingleses.—Sinceridad de Howe.—Ejército americano y sus operaciones en el Canadá.—Vigorousos esfuerzos de Carleton.—Combate naval en el Lago Champlain.—Situacion de Washington en Nueva-York.—Las fuerzas de Howe.—Empresas del capitán Talbot.—Batalla de Long-Island.—Sus fatales resultados.—Retirada de Brooklyn.—Campamento en las alturas de Harlem.—Carta de Washington al Congreso.—Howe renueva sus esfuerzos.—Espedicion de Hale y su muerte.—Plan de operaciones de Howe.—Conducta reprehensible de la milicia.—Washington en peligro.—Retirada de Nueva-York.—Gran incendio de esta ciudad.—Enfermedades en el campamento, deserciones, etc.—Carta de Washington al Congreso acerca de la insuficiencia de sus tropas.—Se resuelve reorganizar el ejército.—Howe cambia de plan.—Retirada de Washington.—Batalla de White Plains (Llanuras Blancas).—Pérdida del fuerte Washington.—Proclama de Howe.—Washington continúa retirándose.—Los ejércitos se aproximan.—Lee cae prisionero de guerra.—Lúgubre aspecto de los negocios.—Movimiento de los ingleses en Rhode-Island.—Algunos escritores censuran la conducta de Howe.—Nobleza de Washington.—Apéndice al capítulo I.—Observaciones del juez Drayton acerca de la declaracion de Lord Howe.

Washington habia previsto muy anticipadamente que la contienda entre la Gran Bretaña y los Estados-Unidos se terminaría al fin recurriendo á las armas, y
1776. fácil es comprender por lo tanto que la Declaracion de la independencia le colmó de satisfaccion, puesto que merced á ella, la marcha de los negocios dejaba de tener ese carácter anómalo que entorpecía la realizacion de ciertos planes concebidos por el jefe americano para mantener los derechos y libertades de su país. El día 9 de julio dispuso

Washington que á las seis de la tarde se leyese la Declaracion de la independencia á cada una de las brigadas del ejército, y en la órden del día, que publicó con este objeto, decíase lo siguiente: «El general espera que este importante suceso servirá de nuevo incentivo á todos los oficiales y soldados para conducirse con lealtad y valor, puesto que la paz y libertad del país dependen ahora solo del éxito de nuestras armas, y que vuestro jefe tiene ámplios poderes para recompensar el mérito y otorgar todos los ho-

nores que puede conceder un pais libre.»

El pueblo de Nueva-York no solo se entregó á las acostumbradas demostraciones de alegría, sino que, calculando que la estatua de plomo de S. M. Jorge III, que se elevaba en Bowling Green, no hacia allí muy buen efecto, derribáronla y la fundieron luego para convertirla en balas. En todos los puntos de la provincia causó alegría la Declaracion, y en prueba de ello hicieron procesiones, se repicaron las campanas, hubo fuegos artificiales y se demostró por todos los medios posibles la aprobacion popular.

Los negocios habian llegado ya á una situacion tan crítica, que era de todo punto necesario que cada uno se pronunciase en un sentido ú otro, y que el pueblo, dejando á un lado sus vacilaciones, eligiese entre unirse á los que proclamaron la independenciam ó pasarse al ejército del rey ó del partido invasor, que intentaba someter sin condiciones á sus conciudadanos. Sin que sea nuestro ánimo discutir aquí los actos y conducta de los realistas en América, es lo cierto que bajo el pretexto de un celo patriótico se cometieron con ellos indignidades odiosas poniéndolos muchas veces en ridículo, y no es de estrañar, por consiguiente, que esto escitase en el mas alto grado el deseo de la venganza, como lo probaremos en el curso de nuestra historia. Al mismo tiempo es evidente que el Congreso y los diversos gobiernos se veian precisados á insistir en que se llevase á cabo la alianza de *todos* sin distincion, por lo cual los que no accedieran ó se adhiciesen al enemigo se hallaban espuestos á la confiscacion de sus bienes, á la prision, al destierro y finalmente á la muerte. Antes de la Declaracion de la independenciam el Congreso declaró: «que todas las personas que viviendo en cualquiera de las Colonias

Unidas estuviesen al amparo de sus leyes, debian reconocer éstas considerándose como hijos de la citada colonia, observándose la misma regla con aquellos que no siendo naturales del pais, se hallasen en él temporalmente.» Asimismo se declaró «que las personas que reconociéndose aliadas de las Colonias Unidas, promoviesen la guerra en cualquiera de aquellas ó se declararan en favor del rey de la Gran Bretaña ú otros enemigos, prestándoles algun apoyo, se considerarian culpables de traicion al pais.»

Por motivos de politica y prudencia no se queria recurrir á los extremos con aquellos que tenian á su cargo los gobiernos populares, mas no obstante algunos deseaban que se adoptasen de una vez sérias medidas para despejar la situacion, y reconociéndose por todos lo urgente que era consignar las condiciones bajo las cuales se confederaban los Estados, el Congreso dió inmediatamente los pasos necesarios para resolver sobre este asunto. A principios de julio de 1775 el Dr. Franklin sometió á la aprobacion de la Cámara ciertos artículos de confederacion entre las Colonias, mas, segun parece, aquel proyecto no llegó siquiera á discutirse, pues el dia 7 de junio se nombró un comité compuesto de un miembro de cada colonia para que redactase y propusiera una forma de confederacion. El proyecto del comité, formado el 2 de julio, ocho dias despues de la Declaracion de la independenciam, se discutió diariamente hasta el 20 de agosto, dia en que se presentó otra nueva minuta, y se suspendió por fin el debate hasta abril del año siguiente, porque aquel asunto era por demás espinoso y de difícil resolucion, atendido á que se trataba de conciliar grandes y diversos intereses y cuestiones de grave trascendencia.

Washington se hallaba justamente inquie-

to acerca del estado y medios de defensa de la ciudad de Nueva-York, pues su importancia bajo todos conceptos, la influencia de los Tories, la casi certidumbre de que el comandante inglés estableceria allí su centro de operaciones contra los americanos y otras circunstancias importantes, hacian necesario tomar las mas activas medidas. En su consecuencia y bajo la direccion de Putnam, obstruyóse el Hudson y otros rios, y se construyeron apresuradamente algunos fuertes y baterías, pero el comandante en jefe vió que no era nada fácil poner á toda la ciudad en un verdadero estado de defensa.

A fines del mes de junio, el general Howe, que no encontró suficientemente cómodo el cuartel general de Halifax, llegó á Nueva-York y desembarcó sus tropas en la isla de Staten, punto que Washington no creyó conveniente ocupar. El jefe británico fué recibido con la mayor alegría por los Tories, y Tryon le aconsejó que pusiera en juego todos los medios posibles para reunir el partido realista.

El dia 12 de julio, llegó de Inglaterra el almirante Lord Howe con numerosos refuerzos, y él y su hermano quedaron autorizados para tratar sobre la paz y entenderse con las personas que desearan aliarse de nuevo, poniéndose bajo la proteccion del rey. El almirante dispuso que se enviase á tierra una carta-circular dirigida al último gobernador de Massachusetts, en la que se ofrecia perdonar á todos cuantos se sometieran, encargando al mismo tiempo que se diese la mayor publicidad posible á esta disposicion. Washington remitió inmediatamente la carta al Congreso, el cual dispuso en 19 de julio que se publicara aquel documento en todos los periódicos, «á fin de que el buen pueblo de los Estados-Unidos pudiera tener conocimiento de la insidiosa conducta de la

corte de la Gran Bretaña y para que los pocos que aun creian en la justicia y moderacion del rey se convencieran al fin de que solo el valor del pueblo podria salvar sus libertades.»

Es indudable que Lord Howe anhelaba sinceramente la paz, y la prueba es que dirigió una nota al Dr. Franklin, á quien conocia personalmente, manifestándole que su mayor deseo era que se arreglasen amistosamente las diferencias entre los americanos y la madre patria. Franklin le contestó cortesmente, lamentándose de haber cruzado inútilmente el Atlántico con objeto de ir á Inglaterra para arreglar la cuestion, y entre otras cosas le decia: «Es imposible que pensemos en someternos á un gobierno que con la mas indigna é inconcebible crueldad ha quemado nuestras indefensas ciudades en medio del invierno, escitando luego á los salvajes á que degüellen á nuestros pacíficos ciudadanos, y á los esclavos á que asesinen á sus dueños; y que no contento con esto nos envia ahora una banda de mercenarios extranjeros para que inunden en sangre nuestro pais. Durante mucho tiempo he trabajado con el mayor celo para evitar un choque con la Gran Bretaña porque sabia que cuando esto llegase á suceder, no podria esperarse ya que volviera á existir esa perfecta union que constituia la fuerza y la importancia de ambos paises. Ya sé que vuestro principal objeto al venir aquí era promover una reconciliacion, y por lo mismo creo que al ver que eso es imposible con ninguna clase de condiciones, depondreis ese odioso cargo para desempeñar otro mas honroso.»

Viendo los comisionados que por esta parte no conseguian nada, trataron de ponerse en comunicacion con Washington, á cuyo fin le escribieron una carta; pero como no estaban dispuestos á reconocer su posicion

oficial, ocurrioles la duda de cómo pondrian el sobre, pues sabian que el comandante en jefe no toleraba nunca la mas pequeña falta en punto á cuestiones de etiqueta, tratándose de asuntos oficiales ó del servicio. Los comisionados, deseando al fin obviar la dificultad, escribieron en el sobre de la carta, á *Jorge Washington, etc., etc.*, y la entregaron al ayudante general Patterson para que la llevase á su destino. El portador fué introducido ante el jefe americano, á quien dió el tratamiento de *Excelencia*, y este último le recibió con la mayor política, pero al mismo tiempo con mucha dignidad. El ayudante, despues de manifestar cuánto le disgustaba que hubiesen ocurrido dudas sobre el modo de poner el sobre á la carta de que era portador, aseguró á Washington que sus jefes no dejaban de reconocer su categoría, que no habia sido su intencion rebajar en lo mas mínimo su rango, y que esperaban por lo tanto que no llevaria á mal los *et ceteras*, toda vez que se usaban entre los embajadores cuando no estaban perfectamente convenidas las reglas de etiqueta.

Washington contestó que al escribir una carta dirigida á cualquier persona revestida de carácter oficial, debia especificarse éste en el sobre, á fin de que pudiera distinguirse de una carta privada; que era verdad que los *et ceteras* podian indicarlo todo, así como tambien podian significar otra cualquier cosa, y que por su parte no consentiria nunca en recibir una carta que tratase de asuntos del servicio, á menos que se especificara en el sobre su rango oficial. Entonces Patterson, mudando de conversacion, habló de los prisioneros de guerra; elogió con pomposas palabras la bondad y clemencia del rey, que habia elegido como comisionados al almirante y al general Howe; afirmó que su mayor deseo era arreglar las diferencias

suscitadas entre ambos pueblos, y acabó por último diciendo que esperaba que el general consideraria aquella visita como el primer paso para obtener el fin apeteido. Washington repuso que no estaba autorizado para negociar; que segun era sabido los comisionados solo tenian el encargo de conceder perdones; que como América no habia cometido falta alguna, no los necesitaba y que su único objeto era defender su derecho. Patterson, observando entonces que aquel punto ofrecia un vasto campo para la discusion, dió las mas espresivas gracias al comandante en jefe por haberle dispensado de la ceremonia de vendarle los ojos al penetrar en el campamento americano, á lo cual contestó aquel invitándole á que almorzase en su compañía para presentarle á los demás oficiales. Despues de muchos cumplidos y corteses frases, Patterson manifestó su pesar de que interrumpiesen su negociacion el cumplimiento de ciertas formalidades, y despidiéndose de Washington y de los demás oficiales se retiró. Como esta conferencia no tuvo resultado alguno, todos volvieron á pensar en las hostilidades. El Congreso reconoció que seria vergonzoso desistir de la resolucion que acababa de tomarse respecto á la proclamacion de la independenciam, pero temiendo por otra parte que las proposiciones de Inglaterra ocultasen algun secreto designio, dispuso que se escribiera é imprimiese al pié de la letra la conferencia celebrada entre el comandante en jefe y el ayudante general inglés.

Segun ya hemos dicho en otro capítulo, el ejército americano se habia retirado del Canadá luchando con las mayores fatigas y padecimientos, y como es natural, su situacion inspiraba serios temores al Congreso. El general Schuyler mandaba la division del Norte, teniendo su cuartel general en Al-

bania y Gates á quien se habia concedido el grado de brigadier general, era jefe de las fuerzas del Canadá. Habíase votado un aumento de seis mil hombres con la esperanza de que este último jefe se recuperara en parte de las sensibles pérdidas sufridas el año anterior, pero como á consecuencia de esta medida se resintiera Schuyler, el Congreso dispuso que ambos generales obrasen de consuno, lo cual no impidió que el último jefe presentara su dimision, que no fué aceptada porque la Cámara manifestó estaba perfectamente satisfecha de su patriotismo y conducta. Como no era ya posible conservar á Crown-Point, las tropas americanas se dirigieron sobre Ticonderoga; pero las enfermedades y la fatiga del camino hicieron estragos en aquellas hasta el punto de que, de los seis mil hombres que llegaron al fuerte, solo la mitad se hallaban en estado de servicio.

Las fuerzas del general Carleton, incluso los mercenarios alemanes ascendian á trece mil hombres, muy bien equipados, y que se mostraban ansiosos por perseguir á las debilitadas tropas americanas. En su bien dirigida retirada del Canadá, el general Sullivan se habia apoderado de todos los botes que encontrara en el lago, y por consiguiente el general británico no pudo avanzar contra su enemigo, pues las orillas del lago Champlain estaban cubiertas de espesimos bosques, y no quedando mas camino que por el agua, era preciso esperar á que llegasen barcos. Por ambas partes se hicieron vigorosos preparativos antes de comenzar la lucha, pero Carleton tenia la ventaja, y además sus hombres trabajaban con el mayor celo y actividad, esperando triunfar muy pronto de los americanos, para compartir la gloria de haber terminado con buen éxito la guerra. Bien pronto aparecieron en

el lago las velas de cinco grandes buques que, procedentes de la Gran Bretaña, se habian traído por tierra desde Montreal á San Juan, y poco despues llegó un gran número de cañoneras de St. Lawrence, que fueron conducidas luego por el Sorel hasta muy cerca del fuerte Chambly. Esta formidable flotilla, que se formó como por magia se componia de unos treinta buques con setecientos hombres de tripulacion.

Hácia mediados de agosto los americanos consiguieron reunir una pequeña escuadra que se aumentó luego con diez y seis buques de diverso porte y tamaño, cuyo mando se confió al intrépido Arnold, quien siempre estaba dispuesto á pelear. En vista de la urgencia del caso y no pudiendo pasar por otro punto fué preciso formar la tripulacion de estos buques con soldados del ejército.

Arnold, que reconocia la superioridad de las fuerzas británicas, se apostó prudentemente en un punto situado entre la isla de Walcour y la playa, de modo que no pudiera rodearle el enemigo ni atacarle sino de frente. En la mañana del 11 de octubre aparecieron al fin los ingleses conducidos por el capitán Pringle, que mandaba el *Inflexible* á las órdenes de Sir Guy Carleton, quienes dando la vuelta á la punta de la isla, empeñaron bien pronto con los americanos un desesperado combate que duró por espacio de cuatro horas. Arnold, que se hallaba á bordo de la galera *Congreso*, apuntaba los cañones con su propia mano, animando á sus hombres, poseido como siempre del mayor entusiasmo, y aunque veia caer muertos en derredor suyo á los valientes patriotas, y aun cuando su buque estaba acribillado á balazos, roto el palo mayor y destruidos los aparejos, continuó sin embargo peleando hasta la noche, hora en que aun no se habia decidido el éxito del combate. Uno de los bu-